

LA CIUDAD ITALIANA EN EL SIGLO XIII

Giovanni CHERUBINI
Universidad de Florencia

LA Italia del siglo XIII estaba políticamente dividida en cuatro partes, división que hay que tener siempre presente ya que, sumada a la diversidad geográfica del territorio, ejercía una influencia notable sobre las características del poblamiento, nivel de población, formas políticas y sociales de los numerosos y diversos centros urbanos. En el centro y en el norte se encontraban el Reino de Italia, que pertenecía al Imperio, la República de Venecia y los Estados Pontificios. El Reino se extendía desde los Alpes hasta los Estados Pontificios e incluía también, teóricamente y a pesar de las pretensiones del papado, Cerdeña y Córcega. Tras la muerte de Federico II en el año 1250, no sobrevivió ningún centro real de gobierno, administrativo o de justicia que se superpusiera o por lo menos acompañara a los de las ciudades. Además, a lo largo del arco alpino las fronteras del Reino no eran en absoluto claras y seguras, ya que el poder de los señores feudales germánicos llegaba hasta partes del territorio italiano, como en Trento y Gorizia, o porque otros señores, como los Savoya en el noroeste, extendían su dominio a ambos lados de los Alpes. Tampoco pertenecía al Reino Venecia, cuyo lejano origen bizantino se había convertido en una independencia que había sido reconocida en numerosos tratados con reyes y emperadores.

Los Estados Pontificios, tras la renuncia a la Romaña por parte del rey de Germania Rodolfo de Habsburgo, se extendían a lo largo de la vertiente adriática de la península, desde el bajo Po hasta el río Tronto, y en la vertiente tirrénica desde el monte Amiata hasta el río Garigliano. Del mismo modo que el reino de Italia, aunque con la existencia de un gobierno papal más sólido, estaban formados por un conjunto de ciudades dotadas de mayor o menor autonomía y por dominaciones locales¹. El Mediodía de Italia y Sicilia formaban un reino desde el año 1130 y a finales del siglo XII habían pasado a manos de los duques de Suabia como dote de la heredera a la Corona normanda, Constanza. El hijo de ésta y de Enrique VI, Federico II, coronado emperador contra la voluntad del papado, que ejercía sobre el reino desde sus orígenes un dominio feudal, hizo del mismo, tras dejar Germania, el centro efectivo de su poder y la tierra más amada. Desde aquí

¹ Véase al respecto J. C. MAIRE-VIGUEUR, *Comuni e signorie in Umbria, Marche e Lazio*, en AA. VV., *Comuni e signorie nell'Italia nord-orientale e centrale: Lazio, Umbria, Marche, Lucca* (vol. VII, 2, de la *Storia d'Italia*, dirigida por G. GALASSO), Torino 1987, pp. 321-606, *passim*; R. GRECI, *Le città emiliano-romagnole*; G. PINTO, *Le città umbro-marchigiane*; I. ART, *Roma*, todos en el libro de AA. VV., *Le città del Mediterraneo all'apogeo dello sviluppo medievale: aspetti economici e sociali*, Pistoia 2003, pp. 223-323. Respecto a Romaña señalo también algunas publicaciones útiles sobre algunas ciudades de la región como, por ejemplo, AA. VV., *Storia di Ravenna, III, Dal Mille alla fine della signoria polentina*, edición de A. VASINA, Venezia, 1993 (en especial las aportaciones de A. I. PINI sobre la comuna y sobre la economía, de L. MASCANZONI sobre el urbanismo y la construcción, de A. VASINA sobre la señoría de los Polenta); AA. VV., *Storia di Forlì, II, Il Medioevo*, edición de A. VASINA, Cassa di Risparmi di Forlì 1990 (en especial las aportaciones de C. DOLCINI sobre la comuna de Forlì en los siglos XII y XIII y de S. TAGLIAFERRI sobre la construcción y el urbanismo de la ciudad en la época comunal); AA. VV., *Storia di Cesena, II, Il Medioevo, I, (secoli VI-XIV)*, edición de A. VASINA, Cassa di Risparmio di Cesena, Rimini 1993 (ensayos sobre la ciudad y el campo, en sus diferentes aspectos, de C. VASINA, G. PASQUALI, C. DOLCINI, P. COLLIVA).

Federico II se dirigió, aunque al final con escaso éxito, hacia las tierras del reino de Italia para reafirmar su dominio y reconducir las ciudades revoltosas a una subordinación que de alguna manera se acercase a la que caracterizaba a las ciudades del reino de Sicilia. Tras su muerte y la dominación ejercida por su hijo Manfredo², el reino pasó al hermano del rey de Francia Carlos de Anjou, que había sido llamado expresamente por la Iglesia, hasta que en el 1282 una revuelta de los isleños arrebató Sicilia al reino, trasladándola al área política de los soberanos de Aragón.

A esta breve síntesis político-territorial, hay que añadir que a diferencia de lo que sucedía en la mayor parte de Europa, o por lo menos de forma más marcada, en la Península italiana, las ciudades seguían caracterizándose sobre todo porque eran la sede de un obispo y la capital de un territorio diocesano, y ello a pesar de que muchas sedes episcopales, sobre todo en Las Marcas y en el Mediodía, a duras penas se podían considerar, desde el punto de vista demográfico, verdaderas ciudades. Esta convicción derivaba del hecho de que a finales de la Antigüedad los obispos, tras alguna incertidumbre, se instalaron sólo en los centros urbanos, y ello trajo consigo la convicción, que sin embargo no era universalmente válida, de la correspondencia entre territorio urbano y territorio diocesano. En el siglo XIII ello era tan evidente que incluso centros urbanos nuevos y de dimensiones notables, como Prato en Toscana o Fabriano en Las Marcas, no eran considerados verdaderas ciudades porque no poseían un obispo³, mientras que sí lo eran cuando conseguían alcanzar dicha meta, como sucedió con Viterbo⁴. Es significativo que incluso a principios del siglo XVI los italianos, o por lo menos los del centro-norte, los cuales habían conocido los avatares de la anterior historia comunal, cuando viajaban por Europa tuvieran cuidado en definir como verdaderas ciudades sólo las que, en el continente, albergaban entre sus murallas un obispo⁵.

Asimismo, las ciudades italianas eran, en su conjunto, el resultado de una larga tradición y de una continuidad urbana, que llegaba hasta la Antigüedad⁶, a pesar de que una parte de las ciudades antiguas, especialmente en el Mediodía, pero también en Toscana o en la Italia septentrional, hubiera desaparecido (el Mediodía ha sido definido como un “cementerio de ciudades”⁷) durante los siglos comprendidos entre el final del mundo romano y el momento de la recuperación

² Constituye un cuadro excelente de la historia del Mediodía hasta el final de los Svevos el libro de S. TRAMONTANA, *La monarchia normanna e sveva*, Torino 1986. Cfr. también V. D'ALESSANDRO, *Ceti dirigenti e forze sociali nel regno di Sicilia di Federico II*, en AA. VV., *Medioevo Mezzogiorno Mediterraneo. Studi in onore di Mario Del Treppo*, edición de G. ROSSETTI e G. VILOLO, voll. 2, Napoli 2000, I, pp. 267-281.

³ G. CHERUBINI, *Ascesa e declino di Prato tra l'XI e il XV secolo*, en ID., *Città comunali di Toscana*, Bologna 2003, pp. 218-228, F. PIRANI, *Fabriano in età comunale. Nascita e affermazione di una città manifatturiera*, Firenze, 2003, p. 5.

⁴ A. LANCONELLI, *Dal "castrum" alla "civitas": il territorio di Viterbo tra VIII e XI secolo*, «Società e Storia», XV, n. 56 (abril-junio 1992), pp. 245-266; A. PAGANI, *Viterbo nei secoli XI-XIII. Spazio urbano e aristocrazia cittadina*, Manziana (Roma) 2002.

⁵ G. CHITTOLINI, *Il nome di "città". La denominazione dei centri urbani d'oltralpe in alcune scritture italiane del primo Cinquecento*, en AA. VV., *Italia e Germania. Liber Amicorum Arnold Esch*, Herausgegeben von HAGEN KELLER, WERNER PARAVICINI und WOLFGANG SCHIEDER, Tübingen 2001, pp. 489-501.

⁶ De la misma opinión es el volumen de F. BOCCHI, E. GHIZZONI, R. SMURRA, *Storia delle città italiane. Dal Tardoantico al primo Rinascimento*, Torino 2002, a pesar de que se preocupa, con razón, de subrayar las especificidades de las ciudades medievales.

⁷ E. SESTAN, *La città comunale italiana dei secoli XI-XIII nelle sue note caratteristiche rispetto al movimento comunale europeo*, en ID., *Italia medievale*, Napoli 1967, p. 101.

demográfica, ya importante en el siglo XI. Aunque no eran numerosas, como ya hemos señalado, tampoco faltaban en la Italia del siglo XIII ciudades nuevas que habían surgido y crecido a lo largo de la Edad Media y en cuanto tales contaban con la presencia de un obispo. Pensemos por ejemplo en Amalfi y Venecia, que eran centros urbanos existentes desde hacía siglos pero cuyo origen no se remontaba a la Antigüedad, o también la nueva ciudad de L'Aquila, fundada precisamente en el siglo XIII en el límite norte del reino meridional.

Podemos iniciar el estudio de las ciudades italianas y de la ciudad italiana en su conjunto, con el examen de sus dimensiones y de las actividades de sus habitantes. Si bien es posible afirmar que, en términos generales, y así como sucedió en otras partes de Europa, el nivel máximo de población se alcanzó poco antes de la peste del año 1348⁸, no siempre es fácil todavía, por la falta de datos específicos y seguros, establecer el nivel de la población unos 50 años antes. Limitándonos a los datos de Toscana, que constituía, por lo menos en su parte septentrional, una de las zonas más pobladas de la península, podemos observar que las ciudades de Lucca y Pisa alcanzaron su apogeo demográfico a caballo de los siglos XIII y XIV o inmediatamente después, que probablemente la población de Florencia estaba ya declinando unos diez años antes de la peste o que había alcanzado el punto máximo de su desarrollo, mientras que Siena probablemente siguió creciendo hasta el momento de la epidemia. En su conjunto se puede observar que antes de mediados del siglo XIV la región presentaba una ciudad, Florencia, de unos 100.000 habitantes, casi tantos como los habitantes de Venecia y sobre todo de Milán, si son parcialmente fiables las cifras que da su cronista⁹. Pisa y Siena habían alcanzado las 50.000 almas, Lucca algo menos, Arezzo y probablemente Pistoia 15.000, así como el *castello* (castrum) de Prato. Pero exceptuando la zona meridional, Toscana también poseía otros núcleos de población considerables que junto a las ciudades de Volterra y Massa Marittima aumentaba la densidad de población de la región, con excepción de la zona meridional inculta y afectada por la malaria, con una densidad inferior para la Europa de entonces¹⁰. Sin embargo conviene añadir que la Italia del centro-norte, es decir la Italia que conoció el florecer comunal, se hallaba densamente poblada en las regiones de Emilia, Lombardía, Véneto, en Las Marcas y en Umbria. Antes de la peste existían grandes ciudades como Génova, que parece ser que superaba los 50.000 habitantes, Bolonia, con 50.000, Verona, Padua, Perugia, Roma y Nápoles, con un nivel de población inferior pero notable, que superaba los 20.000 o 30.000 habitantes. Si exceptuamos la ciudad de Palermo en Sicilia, que parece ser que alcanzó los 50.000 habitantes en el siglo XIII, en su conjunto el Mediodía y las islas presentaban una imagen demográfica y sobre todo urbana de nivel inferior al resto de Italia¹¹.

⁸ G. PINTO, *L'Italie. Le Moyen Age*, en AA. VV., *Histoire des populations de l'Europe*, I, *Des origines aux prémices de la révolution démographique*, dirigido por JEAN-PIERRE BARDET et JACQUES DUPÂQUIER, Paris 1997, p. 490.

⁹ BONVESIN DA LA RIVA, *De magnalibus Mediolani*, edición de M. CORTI y con la traducción al lado de G. PONTIGGIA, Milano 1974, comentado y estimado por P. RACINE, *Milan à la fin du XIII^e siècle: 60.000 ou 200.000 habitants?*, «Aevum», LVIII (1984), pp. 246-63, que propone 150.000 habitantes en la ciudad a finales del siglo XIII.

¹⁰ G. CHERUBINI, *Le città della Toscana*, en AA. VV., *Le città del Mediterraneo*, cit., pp. 325-328.

¹¹ Ya he tratado este problema de forma más detallada en mi libro *Le città italiane dell'età di Dante*, cit., pp. 15 sgg., teniendo presente asimismo la síntesis de M. GINATEMPO, L. SANDRI, *L'Italia delle città. Il popolamento urbano tra Medioevo e Rinascimento (secoli XIII-XVI)*, Firenze 1990. Hay que recordar también el volumen de F. FRANCESCHI, I. TADDEI, *Les villes d'Italie du milieu du XII^e siècle au milieu du XIV^e siècle. Économies, sociétés, pouvoirs, cultures*, Bréal 2004, pp. 40-45. Sobre Verona y Padua contamos con G. M. VARANINI, *Le città della Marca Trevigiana fra Duecento e Trecento. Economia e società*, en AA. VV., *Le città del Mediterraneo*, cit., p. 122.

Más que por un incremento interno de la población –fenómeno que por otra parte sería difícil de cuantificar debido al estado de la documentación–, sin duda las ciudades, sobre todo las del área comunal, crecieron fundamentalmente gracias a un importante fenómeno de *inurbamento*, es decir por la emigración a la ciudad de una parte de los habitantes del territorio, adonde se dirigieron en busca de fortuna o esperando poder desarrollar dotes personales o profesionales ya experimentadas en el territorio. Estoy pensando en primer lugar a los numerosos notarios, prestamistas, negociantes más o menos pequeños. Pero la población también creció gracias a la afluencia a la ciudad de pobres diablos en busca de trabajo en las manufacturas urbanas, de los cuales es más difícil, aunque no imposible, localizar testimonios. En la Italia marcada por el desarrollo comunal, también hay que recordar a los numerosos nobles llegados a la ciudad y obligados a trasladarse por los gobernantes que los podían controlar mejor en el interior de las murallas urbanas, pero que llevaron consigo sus belicosas costumbres de clase¹².

La ciudad del área comunal, y en ciertos aspectos menos claramente políticos, también la ciudad del resto de Italia, se vio remodelada social y materialmente, por las sucesivas ampliaciones de las murallas que trataban de dar una respuesta al incremento de la población, por el desarrollo de los oficios y de las actividades económicas en su interior, por un creciente deseo de estética urbana y por la necesidad de solucionar problemas vitales como el abastecimiento de cereales y de agua a la población, la eliminación de los desechos urbanos y la limpieza urbana en su conjunto. Gracias a una modélica investigación que utiliza una amplia y variada documentación, conocemos lo que sucedió en la ciudad de Siena, sobre todo en el siglo XIV, aunque también con importantes referencias al siglo XIII. De este modo no sólo sabemos cómo se difundieron y localizaron las actividades económicas en el tejido urbano, cómo se distribuyeron en él los núcleos familiares más ricos, sino que conocemos asimismo todo un patrimonio de gran importancia relativo a la mentalidad, al sentido de la ciudad y a los ideales urbanísticos de sus habitantes¹³. Aunque no contamos con investigaciones tan detalladas para el resto de la Italia central y septentrional, es posible afirmar que también se hallaba marcada por dicho espíritu, por dichos caracteres y por ese fervor, los cuales a veces han dejado huellas evidentes en el tejido urbano, en las numerosas iglesias y palacios públicos, y ello a pesar de las destrucciones y transformaciones realizadas en los siglos posteriores, no siempre convincentes y aceptables. Es más, a menudo se observa que en la casi totalidad de los centros urbanos, o por lo menos en buena parte de ellos, se ha ido perdiendo es

¹² Deseo señalar que allí donde no aporto referencias bibliográficas precisas estoy retomando, de forma notablemente sintética, lo que ya he escrito en *Le città italiane dell'età di Dante*, cit., en cuyas «sugerencias bibliográficas» el lector interesado podrá localizar fácilmente las obras empleadas o a las que me refiero explícitamente. Sin embargo quiero destacar el interesante trabajo de PH. JONES, *The Italian City-State. From Commune to Signoria*, Oxford 1997, en el que aún a la solidez de un enfoque general y una muy abundante cantidad de noticias.

¹³ D. BALESTRACCI, G. PICCINNI, *Siena nel Trecento. Assetto urbano e strutture edilizie*, Firenze 1977 (2ª ediz. 2005). Sobre el siglo XIII véase G. VILLA, *Siena medievale. La costruzione della città nell'età «ghibellina» (1200-1270)*, Roma 2004, y el volumen de O. REDON, *Lo spazio di una città. Siena e la Toscana meridionale (secoli XIII-XIV)*, Siena 1999. Para un cuadro de la ciudad, entre finales del siglo XIII e inicios del siglo XIV véase el trabajo de G. PICCINNI, *Siena nell'età di Duccio*, en A. BAGNOLI, R. BARTALINI, L. BELLOSI, M. LACLOTTE, *Duccio. Alle origini della pittura senese*, Cinisello Balsamo, Milano, 2003, pp. 27-35. Finalmente quiero recordar que más de uno de los numerosos y conocidos trabajos de William M. Bowsky, centrados en el Gobierno de los Nueve (1287-1355), presenta un gran interés tanto para la historia de Siena como, en general, para la historia de los últimos tiempos del siglo XIII. Véase sobre todo W. M. BOWSKY, *Un comune italiano nel Medioevo. Siena sotto il regime dei Nove, 1287-1355*, Bologna 1986 (la edición original en inglés es del 1831).

espíritu del lejano y activo siglo XIII, que además se caracterizó en la mayor parte de Italia por una importante presencia de estructuras de madera (y debido a ello eran frecuentes los incendios) y por un claro predominio de una estructura vial angosta y no rectilínea.

En la Península se consolidó claramente, en el curso de aquellos cien años, una fuerte autonomía de las ciudades del centro-norte, especialmente en la zona formalmente dependiente del imperio, en la que fracasó incluso el intento de Federico II y de los Staufen de reafirmar su propio poder; pero no debemos excluir a las ciudades que dependían del papado, y añadir incluso el caso específico de Florencia, donde, como veremos más adelante, la supremacía imperial fue discutida incluso desde el punto de vista formal. Esta situación diferenciaba claramente la parte septentrional de Italia del resto de Europa y hay que tenerla siempre presente para comprender plenamente la historia italiana¹⁴. El poder de los gobiernos de las ciudades abarcaba numerosos y amplios sectores. En primer lugar las ciudades promulgaban sus propias leyes, cuya validez alcanzaba a todo el territorio bajo su dominio, y en ellas exaltaban las características locales inspirándose a una cultura jurídica común¹⁵. Dicho hábito no sólo se desarrolló en las ciudades sino también en las organizaciones profesionales, en primer lugar los mercaderes, pero también las corporaciones mayores como la de la lana, o menores como la de los herreros, y en los agrupamientos armados o en especiales magistraturas como la relativa al « daño hecho ». Asimismo se desarrolló un derecho mercantil mediante la redacción de numerosos tratados entre las ciudades y, en las ciudades portuarias, de un derecho marítimo.

Constituía una señal evidente y simbólica de esta autonomía la facultad ampliamente difundida de acuñar moneda. Precisamente la conquista de esta prerrogativa acabó por revelar, a lo largo del siglo XIII, cuáles fueron las ciudades que alcanzaron un predominio económico. En 1252, Génova y Florencia, aunque la moneda de la segunda —el florín— gozó de una fortuna más sólida y duradera, y más adelante también Venecia, adoptaron la revolucionaria decisión de volver a acuñar en Occidente monedas de oro, que no se verían devaluadas como sucedía con las monedas de plata y aleación. De este modo pretendían dar una respuesta a las crecientes exigencias del gran comercio a larga distancia, que entonces caracterizaba a Europa y en torno al cual giraba la actividad de las grandes ciudades italianas.

Otro elemento que caracterizaba la soberanía de las ciudades eran los tribunales de diferente nivel que fueron instituidos en los centros urbanos y en el territorio, así como la creación de un auténtico sistema fiscal, directo e indirecto, normalmente diferente en la ciudad y en el campo y

¹⁴ Véase, en general, A. I. PINI, *Città, comuni e corporazioni nel Medioevo italiano*, Bologna 1986, y AA. VV., *Le città in Italia e in Germania nel Medioevo: cultura, istituzioni, vita religiosa*, edición de R. ELZE e G. FASOLI, Bologna 1981.

¹⁵ Constituye una introducción inicial a la cuestión el libro de AA. VV., *La libertà di decidere realtà e parvenze di autonomia nella normativa locale del medioevo*, edición de R. DONDARINI, ya que analiza el diferente nivel de autonomía de las ciudades o de las comunidades menores, de la Italia comunal o del reino meridional, del cual me encargaron de realizar una síntesis y de apuntar algunas conclusiones (pp. 411-415). Pero resulta de gran ayuda, para comprender el conjunto de la civilización comunal, la lectura o relectura de la historia de alguna ciudad, como, por ejemplo, Piacenza que ha estudiado sobre todo P. RACINE, de quien cito sólo el consistente trabajo recogido en el volumen de AA. VV., *Storia di Piacenza*, II, *Dal vescovo conte alla signoria (996-1313)*, Piacenza 1984, o Mantua que ha estudiado M. VAINI, *Dal Comune alla signoria. Mantova dal 1200 al 1328*, Milano 1986, o también algún libro colectivo como el dedicado a una ciudad comunal de carácter especial como Assisi (AA. VV., *Assisi anno 1300*, edición de S. BRUFANI, E. MENESTÒ, Assisi 2002). Y por supuesto hay que señalar las ciudades que han sido objeto tradicionalmente de la curiosidad de los investigadores, como la Florencia de Dante o, más en general, del siglo XIII, sobre la que me limito a indicar los nombres de S. RAVEGGI, F. SZNURA, A. ZORZI.

plenamente realizado entre finales del siglo XIII y principios del siglo XIV¹⁶. Las ciudades llegaron incluso a actuar como estados independientes en el terreno militar, declarando la guerra o firmando la paz¹⁷, así como en el terreno de las relaciones diplomáticas, concertando tratados, enviando embajadores o estableciendo alianzas. Asimismo no dudaron en defender su autonomía frente a la Iglesia cuando ésta trataba de entrometerse en el terreno civil. Por otra parte la creciente soberanía ciudadana tuvo manifestaciones concretas en el sector que podría llamarse de servicios y política social¹⁸. El mismo incluía la construcción de la catedral y de las principales iglesias de la ciudad¹⁹, el control, cuidado e ingerencia en la vida de los hospitales, en los que encontraban acogida los enfermos, los niños abandonados, los vagabundos, los desamparados, los peregrinos y, en hospitales específicos, aquellos temidos enfermos sin esperanza que eran los leprosos.

En la vida urbana se planteaban otras necesidades y exigencias a las que las ciudades trataban de dar una respuesta. En primer lugar se advertía la necesidad de la limpieza e higiene urbanas, de las que los gobiernos ciudadanos se ocupaban en primer lugar mediante la regulación del comportamiento de los individuos y de las asociaciones urbanas, y en segundo lugar mediante la eliminación de los residuos urbanos²⁰. Otro problema grave que se planteaba era el de los incendios al que se empezaba a dar una respuesta mediante la organización de un sistema antiincendio²¹, y tampoco faltan señales de la realización de obras públicas para paliar en cierta forma el frecuente desempleo o subempleo. A medida que crecían demográficamente las ciudades, la alimentación de los ciudadanos (compuesta fundamentalmente por pan) constituía una preocupación a la que los gobiernos intentaron dar una respuesta con el establecimiento de una auténtica política de abastos mediante un conjunto de disposiciones, política que estaba condicionada por el riesgo que una ciudad hambrienta representaba para la tranquilidad urbana y para la seguridad de las clases dirigentes²². Y, finalmente, un último aspecto de la política comunal fue la cuestión de la seguridad, sobre todo en las horas nocturnas, que fue afrontada con la creación de un cuerpo específico de policía y con la imposición del toque de queda.

Las ciudades de la Italia septentrional intentaron recomponer bajo su dominio la unidad del territorio circundante, es decir de su *contado*. Ello supuso, a pesar de las diferencias, incluso importantes, de un territorio a otro, la sumisión de los señores del territorio, que reconocieron la superioridad del dominio de la ciudad. Al mismo tiempo se produjeron una serie de liberaciones colectivas de siervos, la más famosa de las cuales por sus solemnes motivaciones fue la de Bolonia

¹⁶ Sobre esta cuestión véase el trabajo de M. GINATEMPO, *Prima del debito. Finanziamento della spesa pubblica e gestione del deficit delle grandi città toscane*, Firenze 2000, en el que proporciona una amplia bibliografía.

¹⁷ Constituye una referencia imprescindible A. A. SETTIA, *Comuni in guerra. Armi ed eserciti nell'Italia delle città*, Bologna 1993.

¹⁸ Una amplia introducción inicial en AA. VV., *Città e servizi sociali nell'Italia dei secoli XII-XV*, Pistoia 1990.

¹⁹ Para obtener una visión del difundido entusiasmo constructor es suficiente consultar algunos trabajos como los reunidos en AA. VV., *Opera. Carattere e ruolo delle fabbriche cittadine fino all'inizio dell'età moderna*, edición de M. HAINES y L. RICETTI, Firenze 1996; AA. VV., *Pouvoir et édilité. Les grands chantiers dans l'Italie communale et seigneuriale*, estudios coordinados por É. CROUZET PAVAN, Roma 2003.

²⁰ R. GRECI, *Il problema dello smaltimento dei rifiuti*, en AA. VV., *Città e servizi sociali*, cit., pp. 439-464.

²¹ D. BALESTRACCI, *La lotta contro il fuoco (XIII-XVI secolo)*, en *Città e servizi sociali*, cit., pp. 417-439.

²² G. PINTO, *L'annona: aspetti e problemi dell'approvvigionamento urbano tra XIII e XV secolo*, en ID., *Città e spazi economic nell'Italia comunale*, Bologna 1996, pp. 77-96; G. CHERUBINI, *L'approvvigionamento alimentare delle città toscane tra il XII e il XV secolo*, «Rivista di storia dell'agricoltura», XL (2000), 1, pp. 33-51.

del 1257, conocida como *Paradisus*. En general podemos afirmar que las ciudades se preocuparon de extender su poder jurisdiccional, militar, fiscal y económico en el territorio, dando lugar de este modo a pequeños estados. Esta superioridad del centro urbano se vio reforzada, en la llanura del Po, por la construcción de canales, y en todas partes por una desecación de tierras pantanosas, territorialmente limitada, ya que entonces sólo se podía realizar por saneamiento y, finalmente, por la institución de “burgos francos” o “tierras nuevas” con una función antifeudal, de conquista agraria del territorio y de protección viaria²³. Por otra parte los gobiernos, dominados o influidos por los intereses mercantiles, dedicaron una gran atención a los caminos, construyendo puentes, mejorando el firme, responsabilizando a las comunidades locales, asegurando de este modo la difusión no sólo de hospitales sino también de posadas y tabernas²⁴. Otro fenómeno que podemos destacar, sin duda no de menor importancia, fue la prenetación de la propiedad ciudadana en el campo, que conocería una creciente expansión en los siglos posteriores así como una disminución de la importancia de la posesión tradicional a favor de un aumento de la propiedad libre y de nuevas formas de concesión y de conducción de la tierra²⁵.

Durante los inicios de la época comunal la guerra convivía con la vida urbana. Las ciudades habían tenido que combatir contra Barbarroja y contra Federico II para defender y ampliar su autonomía. Habían cogido las armas y seguían haciéndolo contra las familias feudales del *contado*, luchaban entre ellas para ampliar o defender su territorio, por motivos de prestigio, por deseos de venganza y por motivos económicos. En el mar Génova, Pisa y Venecia seguían enfrentándose contra los musulmanes, y también una contra la otra para consolidar o extender su poder. En la primera mitad del siglo se produjo, en Constantinopla, el nacimiento del Imperio Latino de Oriente, en el que Venecia contaba con una importante presencia. Más adelante la situación dio un vuelco y a finales del siglo XIII nos encontramos con el predominio de Génova, que además venció a Pisa en la batalla de Meloria (1284). Servir en el ejército comunal, a caballo las clases más ricas, caballeros y nobles, y a pie las clases populares, reforzaba el sentimiento de pertenencia a la comunidad urbana, y cuando se combatía contra las tropas alemanas o saracenas de los emperadores, se creaba en cierto modo un sentimiento común de italianidad.

En el terreno de las instituciones y de las formas de organización del poder, que constituyen el denominador común de los cambios políticos, se produjeron también una serie de novedades importantes en el siglo XIII. La primera fue la afirmación del régimen del *podestà* forastero, es decir la concesión del gobierno ciudadano, a cambio de una remuneración pecuniaria, a un personaje que venía de fuera, el *podestà*, el cual traía consigo una “familia” de jueces, notarios y

²³ Sobre estas cuestiones véase mi trabajo *L'Italia rurale del basso Medioevo*, Roma-Bari 1996², pp. 20-24, *passim*, al que podemos añadir con gran provecho, buceando en la época que nos interesa, AA. VV., *Storia dell'agricoltura italiana*, II, *Il Medioevo e l'età moderna*, dirigido por G. PRATO, C. PONI, U. TUCCI (ensayos de L. CHIAPPA MAURI, M. MONTANARI, A. CORTONESI, B. ANDREOLLI, G. PICCINI, B. DINI, con trabajos posteriores de “profundización” de algunos de los autores, de los tres coordinadores, y de otros autores, entre los que deseo señalar G. FORNI sobre las herramientas de trabajo), Firenze, Accademia dei Georgofili, 2001-2002.

²⁴ TH. SZABÓ, *Comuni e politica stradale in Toscana e in Italia nel Medioevo*, Bologna 1992. Constituye un ejemplo territorial del uso de las vías terrestres y acuáticas AA. VV., *Per terre e per acque. Vie di comunicazione nel Veneto dal Medioevo alla prima età moderna*, edición de D. GALLO, F. ROSSETTO, Comune di Monselice 2003. Sobre la función de los hoteles y las tabernas véase M. TULIANI, *Osti, avventori e malandrini. Alberghi, locande e taverne a Siena e nel suo contado fra Trecento e Quattrocento*, Siena 1994.

²⁵ Para una introducción inicial remito a mi trabajo *L'Italia rurale*, cit., pp. 65-71.

soldados necesaria para desempeñar, respetando las leyes de la ciudad y de acuerdo con sus Consejos, una tarea que en principio duraba un año y luego seis meses²⁶. Si bien es cierto que ello contribuyó de alguna manera a mediar en los conflictos internos de la ciudad, sin embargo no impidió que a lo largo del siglo se afirmara en la ciudad una segunda fase, la de las instituciones y los regímenes populares, es decir la institución del *Capitano del Popolo*, que representaba una nueva forma organizativa, la del *popolo*²⁷, posteriormente sustituida por un nuevo y específico tipo de gobierno popular, el de las corporaciones, del que Florencia representa el caso más ilustre, tanto en la realidad como en la historiografía. Sin detenernos en los aspectos específicos, es suficiente señalar aquí que desde el punto de vista de la historia institucional los nuevos ordenamientos no cancelaban los antiguos, y que los aspectos novedosos consistían en el nacimiento de nuevas juntas de gobierno de extracción ciudadana, como los ancianos y los priores, de breve duración, por ejemplo un bimestre, cuyos nombres resumen dicha historia compleja. Una historia compleja pero clara, que conduce hasta el primer plano de la escena política, si no al pueblo ciudadano en su conjunto, sí a amplias capas de nuevos protagonistas, entre los que se contaban sobre todo las grandes familias mercantiles, que encontramos luchando por el poder contra nobles y caballeros urbanos²⁸ a los que en muchos lugares tratan de excluir del gobierno o por lo menos de limitar su influencia con una específica legislación "antimagnática"²⁹.

Hacia mediados o finales del siglo, o incluso en los primeros años del siglo XIV, todas las ciudades que conocen la experiencia comunal experimentan también sus crueles conflictos y sus contradicciones, que por otra parte se ven animadas y caracterizadas por un partidismo que aunque se inspira en la gran división entre güelfos y gibelinos, entre una parte de la Iglesia y una parte del Imperio, en realidad unos y otros se alinean bajo la guía de las mayores y más potentes familias de la ciudad. De este modo acaba ganando terreno, en más de un lugar, la exigencia de entregar el turbulento gobierno de la ciudad a una sola persona, procedente generalmente de una gran familia de tipo feudal y agrícola, o también de tipo ciudadano (pensemos por ejemplo, en el primer caso, a los Este en Ferrara y, en el segundo caso, a los Della Scala en Verona). Las primeras ciudades en optar por esta solución se situaban al norte de los Apeninos, incluyendo la gran Milán, que a finales del siglo XIII conoce las sucesivas señorías de los Torriani y de los Visconti, y excluyendo Venecia que se caracterizaba por un régimen y una historia específicas. Algunas ciudades, como Bolonia y Padua³⁰, mantuvieron la comuna, pero hay que recordar que fue Toscana la región que resistió y rechazó, incluso más adelante, y a pesar de algunas experiencias temporales, la solución de la señoría. Es interesante resaltar que la señoría, por otra parte asentándose sobre precisas tendencias del mundo ciudadano, pero desarrollando su potencialidad sobre todo después del siglo XIII, inició asimismo la superación del estrecho ámbito del *contado*, tratando de imponer su dominación a otras ciudades y a sus respectivos territorios, y de este modo dando lugar a una reorganización del gobierno de la ciudad y a una reconstrucción del poder en ámbitos territoriales mayores.

²⁶ Véase la rica investigación dirigida por J. C. MAIRE VIGUEUR, *I podestà dell'Italia comunale, Parte I, Reclutamento e circolazione degli ufficiali forestieri fine XII sec.-metà XIV sec.*, voll. 2, Roma 2000.

²⁷ J. KOENIG, *Il «popolo» dell'Italia del Nord nel XIII secolo*, Bologna 1986.

²⁸ Sobre los mismos véase J. C. MAIRE-VIGUEUR, *Cavaliers et citoyens. Guerre, conflicts et société dans l'Italie communale, XI^e-XIII^e siècles*, Paris 2003.

²⁹ Sobre dicho problema en general véase AA. VV., *Magnati e popolani nell'Italia comunale*, Pistoia 1997.

³⁰ Sobre esta ciudad véase G. RIPPE, *Padoue et son contado (X^e-XIII^e siècle)*, Rome 2003.

La población de las ciudades estaba formada por grupos familiares normalmente reducidos que se fueron ampliando a medida que crecía su nivel social. El porcentaje de religiosos era normalmente bajo, del orden del 1-2%; normalmente más alto y variable era el porcentaje de mendigos y desocupados en las ciudades mayores, y muy reducido, en el otro extremo de la escala social, el porcentaje de rentistas. La sociedad urbana se caracterizaba, en primer lugar, por las personas que ejercían un trabajo o actividad, ya fueran artesanos o asalariados, o incluso mercaderes, notarios, médicos. Por supuesto, a pesar de estos aspectos comunes, existían notables diferencias de una ciudad a otra: los marineros y armadores en las ciudades marinas, los numerosos trabajadores de las manufacturas textiles –lana, seda y algodón– en algunas ciudades. En algunos centros urbanos disponemos de datos que nos permiten ofrecer una imagen cuantitativa de la distribución de la riqueza. En Perugia, en 1285, el 60% de los ciudadanos más pobres poseía solamente la décima parte de la riqueza, mientras que el 1,6% de los ciudadanos más ricos poseía casi la cuarta parte. En Orvieto, en 1292, los poseedores de una renta inferior a 500 liras eran el 71%, los que tenían una renta superior a 2.000 liras sólo el 2%. En Siena, en 1318, un tercio de los patrimonios privados pertenecía al 2% de los propietarios³¹. Frente a datos de esta naturaleza y a otros parecidos, podemos evidenciar la existencia de una profunda estratificación de la riqueza, inclusive de la riqueza inmobiliaria, a pesar de que en las ciudades estaba muy difundida la propiedad de la tierra y de la casa. Si acaso es posible observar que en los centros urbanos, por ejemplo en Siena y Orvieto, y en algunos más que en otros, dicha propiedad era particularmente amplia en las familias nobles y magnáticas. Estas diferencias sociales se manifestaban de forma muy visible, como es sabido, en el vestuario. De hecho las ciudades presenciaban lo más evidente de dicha diversidad en los trapos con que se tapaban los mendigos y en los costosos trajes de colores de nobles, caballeros, magnates y en ocasiones también los grandes mercaderes. Pero no debemos olvidar que la alimentación y la vivienda determinaban de modo incluso más profundo las diferencias en la vida de los habitantes de las ciudades.

La vida ciudadana conocía conflictos de diferente naturaleza y de mayor o menor intensidad, así como conocía la simbología del poder y la propaganda política³². El primero en importancia de aquellos conflictos era el existente entre el *popolo* y la nobleza. Otro conflicto enfrentaba a los ciudadanos antiguos con los nuevos ciudadanos, es decir, a los antiguos moradores con los recién llegados. Otro conflicto oponía al conjunto de los ciudadanos con los campesinos de las tierras circundantes, del cual constituye una prueba evidente la sátira anticampesina de la cultura urbana.

³¹ A. GROHMANN, *Città e territorio tra Medioevo ed età moderna (Perugia, secc. XIII-XVI)*, Perugia 1981, I, p. 109; È. CARPENIER, *Une ville devant la peste. Orvieto e la Peste Noire de 1348*, Paris 1962, pp. 64-65; G. CHERUBINI, *Proprietari, contadini e campagne senesi all'inizio del Trecento*, en Id., *Signori, contadini, borghesi. Ricerche sulla società italiana del basso Medioevo*, Firenze 1977², p.247.

³² Véanse al respecto, en el libro de AA. VV., *Le forme della propaganda politica nel Due e nel Trecento*, edición de P. CAMMAROSANO, Roma 1994, con una conclusión de J. LE GOFF, las aportaciones de J. C. MAIRE VIGUEUR sobre la propaganda pontificia, de E. ARTIFONI sobre la retórica y la organización del lenguaje político, de A. BARTOLI LANGELI sobre la epistografía comunal, de N. GIOVÈ MARCHIOLI sobre la epigrafía comunal ciudadana, de G. ANDENNA sobre la simbología del poder (los palacios comunales) en las ciudades lombardas, de A. ZORZI sobre los rituales de la violencia, los ceremoniales penales y las representaciones de la justicia en las ciudades italianas del centro-norte entre los siglos XIII y XV, de E. CROUZET-PAVAN sobre los discursos históricos e imaginarios de las ciudades en Génova y en Venecia, de P. CAMMAROSANO sobre la comuna de Siena desde la solidaridad imperial hasta el guelfismo (celebración y propaganda), de S. RAVEGGI sobre las formas de la propaganda durante el conflicto entre magnates y clases populares.

Existían también choques entre patronos y trabajadores por cuestiones como el salario, la oferta de trabajo, el derecho de asociación y, en general, entre pobres y ricos, lo cual se veía reforzado por el desarrollo económico y por la intensificación de las diferencias sociales. Esta contraposición entre riqueza y pobreza se convierte casi en una obsesión en los testimonios de la época, y fundamentalmente en el mismo sentimiento religioso. Para las capas más inferiores de la sociedad, numéricamente importantes, la conciencia de la propia pobreza se convierte en desesperación en los momentos de grave carestía.

Al lado de estos profundos y generalizados conflictos sociales, hallamos, en cierto modo entrelazados, los conflictos políticos, entre güelfos y gibelinos, entre *popolo* y magnates, los cuales acabaron caracterizando a las diferentes ciudades, durante periodos más o menos largos, y alcanzaron a las grandes familias, fragmentándolas en ocasiones internamente y determinando su exclusión del poder, confiscaciones de bienes e incluso el exilio³³. Tras la muerte de Federico II, el güelfismo fue apoyado por la nueva monarquía angevina, que sin embargo entró en crisis a raíz de la revuelta siciliana de 1282. Hay que precisar que la opción del güelfismo o gibelinismo constituyó el modo que tenía cada ciudad de definir su propia posición en relación a las ciudades vecinas, ya fueran éstas amigas o adversarias. Esta actitud terminaba pareciéndose al carácter binario de la lucha política en el interior de las murallas, aunque no parece ser que bajo dichas banderas fuera posible identificar una división de clases. En primer lugar las divisiones separaban a los miembros de las grandes familias y deberían ser objeto de investigación para poder comprender cómo acabaron dividiendo a la ciudadanía, o por lo menos creando ciertas tradiciones como el gibelinismo en Siena hacia el 1290, el güelfismo paduano que se desarrolló tras la lucha contra Ezzelino da Romano, o el predominio del sentimiento güelfo entre los florentinos. Sin duda hacia finales del siglo el conflicto entre magnates y *popolo* adquirió ciertas connotaciones de conflicto social, el segundo guiado, según las ciudades, por notarios, artesanos, mercaderes y banqueros. Fue el momento en el que muchas ciudades promulgaron leyes antimagnaticas, que excluyeron del supremo órgano de gobierno a los nobles, a los poderosos, a los magnates y a los linajes, si bien no pudieron eliminarlos de la sociedad ni de la vida urbana³⁴. Pero tampoco hay que pensar que los gobiernos « populares » aseguraran la participación de todos los ciudadanos. Es más, parece ser que a medida que aumentaba la importancia y el tamaño de la ciudad, la participación en el poder tendía a disminuir proporcionalmente, aunque dicha cuota siguiera incluyendo a un elevado número de familias. Si acaso se considera que la participación política tendió a disminuir con la llegada de la señoría, con su carácter monárquico y su tendencia a monopolizar el poder político-militar tanto en las ciudades como en sus respectivos territorios. Sin entrar en las actitudes de conformismo que dicho régimen propiciaba, como claramente señaló un cronista anónimo paduano.

Un último aspecto que no podemos ignorar es el papel desempeñado por la religión y la Iglesia en la vida urbana. Las solemnidades religiosas, y en particular la fiesta del santo patrón, adquirirían destacados tonos civiles³⁵. Los estatutos de las ciudades se iniciaban siempre con invocaciones religiosas, castigaban a los blasfemos, acogían en su interior las leyes imperiales

³³ G. MILANI, *L'esclusione dal comune. Conflitti e bandi politici a Bologna e in altre città italiane tra XII e XIV secolo*, Roma 2003.

³⁴ AA. VV., *Magnati e popolani*, cit.

³⁵ Sobre esta cuestión véase A. I. PINI, *Città e culti civici in Bologna medievale*, Bologna 1999.

contra los herejes y sus seguidores. Los jueces prestaban juramento sobre los evangelios. Los ciudadanos estaban muy unidos a la propia parroquia, y cada vez más a las órdenes mendicantes, sobre todo a los franciscanos. Sin embargo las celebraciones religiosas conservaban algún carácter espontáneo que no siempre era fácil encuadrar en la ortodoxia. Los penitentes, la admiración por la aparición repentina de santos populares, los conflictos entre los párrocos y los mendicantes, la aparición de auténticos herejes, tanto de tendencia evangélica como cátara, alteraban la vida urbana y a veces provocaban represión y muertes.

En la base de las instituciones comunales y de la agitada vida socio-política de los centros urbanos, la investigación histórica ha demostrado –y lo sigue haciendo cada vez de forma más clara– que existía una vida económica activa e importante³⁶. Me limitaré a sintetizar las características esenciales, omitiendo, por motivos de espacio, la descripción de los aspectos comunes de aquella economía pero recordando que en cada ciudad existían rasgos específicos, sobre todo si pensamos a las ciudades marítimas, como Génova, Venecia o Pisa: el servicio de los ciudadanos en la marina mercantil o militar, el trabajo en los astilleros, las actividades mercantiles. En las ciudades del imperio desempeñaban un papel fundamental las grandes manufacturas textiles: la lana, la seda sobre todo en la ciudad de Lucca, el fustán, es decir un tejido mixto de lino y algodón. En algunas ciudades, como en Milán, se fabricaban armas, en otras como Pisa se elaboraban grandes cantidades de cuero y pieles de animal. Alguna ciudad, destacando entre todas Bolonia, vivía en gran medida gracias a la presencia de los estudiantes universitarios. En la ciudad el principal lugar de trabajo, el más difundido, era el taller, en cuyo interior aprendices y trabajadores dependían del maestro; pero a finales del siglo XIII y principios del siglo XIV ya había surgido, por lo menos en Florencia, el sistema que fue bautizado como “fábrica diseminada”, es decir la producción directa por parte del mercader-empresario, pero que tenía lugar en sitios diferentes, incluso fuera del taller, empleando a trabajadores a domicilio y trabajadores asalariados. Una parte importante del trabajo se organizaba en las corporaciones que protegían en primer lugar y de diferentes modos a los maestros artesanos, pero todos los trabajadores no tuvieron la posibilidad, en las mismas fechas, de organizarse en corporaciones. Algunas ciudades se caracterizaban sobre todo por las actividades productivas, otras, sobre todo las ciudades marítimas, por las actividades mercantiles. La situación de la ciudad de Florencia a finales del período que estamos analizando era más bien de equilibrio entre producción, comercio y banca.

En este período, una mirada a Europa nos revela que las ciudades de la Italia central y septentrional se hallaban en el centro de un sistema comercial intercontinental que se extendía desde el Mar del Norte hasta África, desde Occidente hasta Asia, a pesar de que sus hombres de negocios y sus ciudadanos estuvieran desigualmente distribuidos, tanto en « Ultramontes » como en « Ultramar ». Los mismos concentraban su actividad, en la Europa continental, sobre todo en las zonas fronterizas de los intercambios comerciales entre norte y sur, mientras que la conquista del Mediterráneo oriental se benefició sobre todo con la aventura de las cruzadas, de las que las ciudades marinas italianas obtuvieron ventajas de diferente naturaleza, sin excluir la concesión de

³⁶ Utilizaré, a continuación, el muy documentado ensayo de PH. JONES, *La storia economica. Dalla caduta dell'impero romano al secolo XIV*, en AA. VV., *Storia d'Italia*, vol. II, *Dalla caduta dell'impero romano al secolo XVIII*, Torino 1974, pp. 1467-1410.

barrios, almacenes, iglesias y mercados propios³⁷. Pero en una de las capitales del comercio oriental, Bizancio (la otra era Alejandría), esta presencia había provocado una fuerte xenofobia antiitaliana, que más tarde se intensificó con los tristes acontecimientos de la cuarta cruzada y el saqueo de la ciudad en el 1204. La conclusión de la aventura de las cruzadas no comprometió, en su conjunto, la posición de los italianos, aunque los mismos soñaran con evitar la intermediación musulmana en el comercio con Asia y con dicho objetivo intentaran utilizar el avance mongol hacia Occidente. El éxito italiano también se produjo en Occidente, por ejemplo mediante su penetración en las zonas que iban siendo arrebatadas en España a los árabes. Asimismo Pisa y Génova ejercieron su propia presión en el sur de Francia donde trataban fundamentalmente con Marsella.

Por tanto, podemos concluir que los barcos de guerra, las flotas mercantiles y los asentamientos coloniales habían asegurado a los italianos un claro predominio, es más casi un monopolio, en los tráficos transmediterráneos, con un completo vuelco del anterior equilibrio comercial entre el mundo cristiano y el mundo greco-musulmán. El comercio transalpino fue el complemento del comercio mediterráneo, pero en este caso las protagonistas no fueron las ciudades marinas, que también estaban presentes en este sector, sino las ciudades del interior. En este caso la penetración comercial tuvo un carácter pacífico y se desarrolló más lentamente. La presencia de los italianos, de Milán, Piacenza, Como, Asti, Alba, Génova, Savona, Venecia, Parma, Bolonia, Pisa, Siena, Florencia, Lucca, Pistoia, Prato, San Gimignano, Roma y Orvieto, en las ferias de Champagne, hizo de las mismas hacia finales del siglo XIII el centro de la economía internacional, dado que en aquellos encuentros se intercambiaban los bienes de Oriente con los de la Europa septentrional (especias a cambio de tejidos franceses, ingleses y flamencos). Además, la salida de los marinos italianos al Atlántico, a través del Estrecho de Gibraltar, contribuyó al desarrollo del comercio, una parte del cual empezó a trasladarse de la vía terrestre a la marítima.

El comercio internacional y la actividad financiera se hallaban estrechamente relacionados. El desarrollo de la actividad bancaria y crediticia fue promovido fundamentalmente en las ferias de Champagne, pero el desarrollo del crédito no sólo afectó a los mercaderes, sino que en cierto modo implicó a toda la sociedad, tanto papas como prelados, reyes y comunas. El cambio de divisas fomentó el comercio de los italianos, proporcionando fondos con intereses reembolsables en mercancías como tejidos o lana. En este campo desempeñó un papel fundamental la Curia Pontificia ya que como garantía de los préstamos efectuados a los papas, los mercaderes fueron encargados de recaudar los impuestos eclesiásticos ordinarios así como otras tasas debidas a la curia en todos los países de la Cristiandad latina. Además las compañías comerciales empezaron a otorgar préstamos a los soberanos, a las autoridades eclesiásticas y laicas. El crecimiento económico de los italianos no se limitó a un aumento de la producción y a la intensificación del comercio. Produjo asimismo innovaciones técnicas y organizativas, como la ya mencionada "fábrica diseminada", o el empleo, en las primeras décadas del siglo XIV, del reloj mecánico para regular la jornada laboral. El comercio marítimo experimentó una auténtica revolución con avances en la forma y en las dimensiones de las embarcaciones, con la adopción de la brújula y el uso de mapas de navegación. Gracias al *Consolato del mare* se formularon normas muy avanzadas de

³⁷ Constituyen un buen punto de partida para estudiar la presencia de los italianos en el Mediterráneo los trabajos reunidos en el volumen de AA. VV., *Etat et colonisation au Moyen Age et à la Renaissance*, dirigido por M. BALARD, Lyon 1989, y AA. VV., *Coloniser au Moyen Age*, dirigido por M. BALARD et A. DUCCELLIER, Paris 1995.

derecho marítimo. El comercio por tierra se vio facilitado por la mejora de los caminos y los transportes, así como por la organización de servicios de expedición y mensajería profesionales. Para concluir debemos recordar el ya mencionado regreso al acuñamiento de monedas de oro adecuadas a las necesidades del comercio internacional, y el desarrollo de las técnicas contables, de las que contamos con importantes pruebas documentales para las tres ciudades marítimas de Pisa, Génova y Venecia, y también para Florencia, ciudad del interior.

Deseo ahora aportar algunas cifras significativas del comercio de los italianos. En Génova, en el 1293, el valor del comercio marítimo sometido a gravamen, por tanto sin contar el comercio terrestre y el comercio exento de impuestos, alcanzó la cifra de cuatro millones de liras genovesas, es decir aproximadamente tres veces y medio la media anual de ingresos del erario real francés en los cuatro años anteriores. En Siena el capital en acciones de los Bonsignori ascendía en el 1289 a 35.000 florines de oro y el monto total del dinero entregado a la compañía por los depositantes en 1298 superaba con mucho los 200.000 florines. En Florencia, entre el 1303 y el 1320, el capital en acciones de los Peruzzi y de los Bardi alcanzó un máximo de unos 110.000 florines de oro, mientras que mayores y probablemente incalculables eran las sumas depositadas en sus compañías.

En el arco de la centuria que estamos tomando en consideración, la jerarquía entre ciudades experimentó algunos cambios. Hacia finales del siglo se puede observar la decadencia de Pisa³⁸, así como el auge de Génova frente a Venecia³⁹. Desde el punto de vista de los equilibrios generales se puede observar que en dicho siglo la Toscana adelantó a las otras regiones italianas (y en primer lugar Florencia, que conquistó un papel primordial, tras la caída de los Staufen, en el Mediodía angevino y en la corte pontificia). Son una prueba de ello los éxitos y las dimensiones de las grandes compañías mercantiles de Lucca, Siena, Florencia y Pistoia. Sin embargo los italianos, y en particular los italianos del centro-norte, gozaban en la Europa de la época de una reputación que destacaba sobre todo su carácter de mercaderes y usureros, su falsía y tortuosidad, su escaso amor por la guerra y su sed de riquezas. En muchas partes aparecían como insolentes y su misma presencia, frecuente, molestaba. En realidad, en ocasiones también se les reconocía, junto a la tendencia al litigio entre ciudades, una costumbre de autogobierno, su invencibilidad en el mar y una prudencia natural. En definitiva se les consideraba diferentes porque eran más modernos. Por otra parte, nadie como ellos, aunque su principal motivación era el deseo de lucro, sabía arriesgar su propia vida cuando parecía posible la anhelada ganancia, entretejida con la aventura. Nos lo demuestran las extraordinarias aventuras del veneciano Marco Polo⁴⁰, así como la desafortunada aventura de los Vivaldi, genoveses, que se perdieron con su embarcación en las costas occidentales de Africa intentando, demasiado pronto, circumnavegar el continente para arrebatarse a los musulmanes el comercio de las especias asiáticas.

Los ideales y la cultura de las ciudades italianas también asumieron un aspecto y un tono particulares. En dichas ciudades se creó una auténtica red de sedes universitarias sin igual en el

³⁸ G. CHERUBINI, *La vita marinara e portuale di Pisa fino al disastro della Meloria*, Id., *Città comunali di Toscana*, cit., pp. 25-32, donde aporto una amplia bibliografía sobre la ciudad.

³⁹ R. S. LÓPEZ, *La nascita dell'Europa. Secoli V-XIV*, Torino 1966, pp. 290-292.

⁴⁰ Sigo considerando sumamente sugestivo, a pesar de las numerosas páginas que sobre el mismo se han escrito, el ensayo de una historiadora de la economía y estupenda narradora como E. POWER, *Marco Polo. Un viaggiatore veneziano del XIII secolo*, en Id., *Vita nel Medioevo*, trad. it., Torino 1966, pp. 37-80.

resto de Europa⁴¹: sobre todo en Bolonia, pero antes de 1318 también en Reggio, Vicenza, Arezzo, Padua, Vercelli, Siena, Piacenza, Roma, Perugia y Treviso. En Roma fue instituida incluso una universidad pontificia⁴². Por el contrario, en el reino del Sur, que ya albergaba la antigua y gloriosa escuela médica de Salerno, fue fundada en 1224 por Federico II la Universidad de Nápoles, la cual permaneció como única y en el futuro tendría que preparar a la burocracia del país. Pero lo que más llama la atención en las ciudades de la época comunal, más que este aspecto de la alta cultura, que estaba unido también a la búsqueda de una imagen de prestigio, es la amplia y creciente difusión de una instrucción básica, que se dirigía sobre todo a los varones pero que también se extendía a algunos sectores del mundo femenino, y que respondía a la demanda de una población que se encontraba cada vez más ante la necesidad de saber escribir, sobre todo libros administrativos y cartas, realizar cuentas, incluso con complejos cálculos, y en ocasiones saber latín para responder a las nuevas necesidades del comercio y de las más variadas actividades⁴³. Por lo tanto se trataba de una cultura práctica cada vez más abierta a un incremento generalizado del saber. Y así, junto a la cultura filosófica y teológica del clero, que se expresaba en latín, surgió una nueva cultura laica, de la que fueron un elemento decisivo los notarios, y nació entre Bolonia y Toscana, con el florecer del *dolce stil nuovo*, una lírica amorosa totalmente nueva, caracterizada fundamentalmente por una concepción idealizada de la mujer. Esta nueva cultura laica, sobre todo si prolongamos nuestro estudio hasta las primeras décadas del siglo XIV, era la primera gran cultura laica desde el fin del mundo antiguo. Ésta multiplicó la vulgarización del latín y las traducciones de las otras lenguas. A las crónicas en latín se añadieron en las ciudades las crónicas escritas en vulgar. A la producción literaria podemos añadir los escritos resultado de las necesidades prácticas como las “reglas de comercio” y los “recuerdos personales”, hasta el punto que alguien ha podido hablar, con competencia, de una educación de almacén paralela a la educación y a la instrucción escolástica⁴⁴. Dante, que vivió entre el 1265 y el 1321, representa el punto más alto de esta nueva cultura, ya que en él se resume toda la experiencia medieval. En particular la *Divina Comedia* llevó la literatura italiana a unas cimas hasta entonces nunca alcanzadas por una literatura romance.

Otros aspectos de la vida de la época permiten percibir el clima espiritual del mundo urbano italiano. Entre los mismos ocupan un lugar privilegiado las orientaciones relativas al urbanismo y a las construcciones públicas, en las que se funden los impulsos corvengentes de diferentes ideales y ambiciones, sector éste que conoce a lo largo del siglo XIII una muy intensa actividad con la construcción de las iglesias mendicantes, a veces con la reconstrucción y ampliación de la

⁴¹ Al respecto basta una ojeada a la obra de H. RASHDALL, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, nueva edición de F. M. POWICKE and A. B. EMDEN, voll. 3, Oxford University Press, 1936.

⁴² Para una información inicial sobre la ciudad AA. VV., *Roma medievale*, edición de A. VAUCHEZ, Roma-Bari 2001 (con aportaciones de S. CAROCCI sobre la sociedad y la economía, de J.C. MARIE VIGUEUR sobre la comuna, de É. HUBERT sobre la organización territorial y la urbanización, de G. BARONE sobre los clérigos, monjes y frailes, de A. ESPOSITO sobre los peregrinos, extranjeros, curiales y judíos, de M. MIGLIO sobre las tradiciones populares y la conciencia política); R. KRATHEIMER, *Rome: Profile of a City*, Princeton 1980; R. BRENTANO, *Rome before Avignon. A Social History of Thirteenth Century Rome*, British Museum Press; AA. VV., *Roma nei secoli XIII e XIV cinque saggi*, edición de E. HUBERT, Roma 1993; S. CAROCCI, *Baroni di Roma. Dominazioni signorili e lignaggi aristocratici nel Duecento e nel primo Trecento*, Roma 1993.

⁴³ G. PETTI BALBI, *Istituzioni cittadine nell'Italia Centro-Settentrionale tra XIII e XV secolo*, en AA. VV., *Città e servizi sociali*, cit., pp. 21-48.

⁴⁴ A. SAPORI, *La cultura del mercante medievale italiano*, en Id., *Studi di storia economica (secoli XIII-XIV-XV)*, voll. 2, Firenze 1955, I, pp. 53-93.

catedral (ésta fue de hecho la decisión adoptada por los florentinos al final de aquellos cien años), en algún caso incluso con la última ampliación de las murallas, con la pavimentación de plazas y calles, con la construcción, allí donde todavía no se había realizado, de sedes públicas de gobierno, con la realización de fuentes. Y todo ello con la intención implícita o proclamada de unir su carácter útil a la estética, y hacer de la ciudad objeto de admiración incluso para los extranjeros. Se trataba de una competición, en ocasiones abiertamente declarada, que conducía a la comparación entre ciudades y revelaba una característica inconfundible de aquella civilización policéntrica. Una civilización, hay que decirlo, que limitando nuestro análisis a la Toscana y considerando de nuevo las primeras décadas del siglo XIV, conoció en cada centro urbano –de Florencia a Siena, de Pisa a Lucca, de Arezzo a Pistoia– figuras de primer orden en el mundo de la pintura, la escultura y la arquitectura.

Si nos interrogamos sobre la opinión que los ciudadanos de los diferentes centros urbanos tenían acerca del presente que estaban viviendo, constatamos que la misma no era unívoca. A una corriente moralizante, en la que podemos incluir también a Dante, que por otra parte refleja perfectamente en su biografía todos los aspectos de ese presente, pertenecían los enamorados del “*buon tempo antico*”, caracterizado por costumbres menos ambiciosas, por una vida más tranquila, por una ciudadanía que todavía no había sido alcanzada por la desmedida pasión por la riqueza, las ganancias, los viajes lejanos, los crueles conflictos internos. En realidad se trataba de un pasado en buena parte imaginario, que también otros escritores no dudaban en admirar, pero indicando también la continuidad desde las ciudades hasta el presente y describiéndolo con admiración, con gran cantidad de datos y detalles sobre el territorio, la población, las actividades económicas, las costumbres, como es el caso de Martino da Canale en Venecia, del Anónimo genovés en Génova y de Bonvesin da la Riva en Milán. En las ciudades y sobre todo en las más grandes, es la resignación cristiana a la propia condición la que resulta dañada, incluso formalmente, mientras que se ensalza cada vez más la dignidad del trabajo y la laboriosidad humana.

Una primera manifestación del particularismo italiano eran las diferencias de lenguaje, a veces importantes, entre las diferentes realidades territoriales. Sobre el tema Dante escribió una obra, *De vulgari eloquentia*, en la que enumeró por lo menos 14 lenguas vulgares y precisó que en el centro-norte las divisiones podían incluso multiplicarse, refiriéndose a las distintas ciudades. Pero no sólo existían diferencias en la lengua; Salimbeni da Parma, Saba Malaspina y el mismo Dante nos proporcionan elementos, ciertamente subjetivos y discutibles, pero de gran utilidad, para caracterizar a los lombardos, venecianos, pisanos, sieneses, aretinos y romanos. Todos experimentaban un fuerte patriotismo hacia su pequeña patria ciudadana, pero cuando en el extranjero la hostilidad de la población contra los “lombardos” condicionaba el comportamiento de los monarcas, el particularismo ciudadano dejaba paso momentáneamente a una general solidaridad entre italianos, como también sucedía a veces en el interior de la península, cuando en el horizonte se perfilaba la amenaza de una restauración imperial. En aquellas activas ciudades italianas se reflexionaba también sobre las raíces del poder y sobre los poderes del imperio: en los primeros decenios del siglo XIV lo hicieron tanto Dante como Marsilio de Padua. Teóricamente la soberanía imperial seguía existiendo, a pesar de la autonomía conseguida por las ciudades, pero con escasa incidencia práctica. En la segunda mitad del siglo Florencia llegó incluso a negarse al juramento formal al imperio. Más adelante de forma altamente significativa, ya que se concluía un fenómeno histórico, el gran jurista Bártolo da Sassoferrato llegó a acuñar la teoría de la “*civitas superiorem*”

non recognoscens et sibi princeps”, la cual colocaba a las grandes ciudades comunales italianas en el mismo plano iuspublicista de los reinos occidentales frente al imperio.

Netamente diferente al devenir de las ciudades del centro-norte fue el de las ciudades del reino meridional, que se fue deslizado paulatinamente, respecto a la “otra Italia”, arrastrando consigo las ciudades, hacia una situación sustancialmente colonial y subordinada al dominio económico de las ciudades del centro-norte. Ya bajo el dominio normando, que concluyó hacia finales del siglo XII, las ciudades fueron transformadas en organismos administrativos y en centros económicos de menor importancia respecto a las ciudades del centro-norte de la península. Esta situación no se vio modificada sustancialmente a lo largo del siglo XIII, con la excepción del período de la minoría de edad de Federico II⁴⁵. Ante un autogobierno ciudadano tan limitado las ciudades no eran definidas con el sospechoso y peligroso nombre de “comuna” sino con el más inocuo e inocente de “universitas”, término que el gran jurista Accursio glosaba como la suma de todos los habitantes y todos los residentes, sin ninguna referencia a un contenido de carácter político.

En la Europa de la época, las ciudades comunales italianas constituyeron una realidad original que no encuentra parangón en ninguna otra parte. Su particularidad consistía en sus poderes políticos, sus amplios poderes de autogobierno, su desarrollo económico, sus estructuras sociales y su cultura. Sin embargo hay que decir que estas características, debido a su misma fuerza, a la larga constituyeron una rémora, junto a la política del Papado, para conseguir la reunificación del país más allá de los estados territoriales que se formaron en tiempos posteriores al siglo aquí considerado, entorno a algunas de las mayores ciudades como Venecia⁴⁶, Milán⁴⁷ o Florencia, entorno al Papado o entorno al viejo Reino del Sur. Ello determinó a la larga la entrada en la escena italiana de los países europeos que se habían organizado en forma de monarquías nacionales. Pero esto no debe hacernos olvidar que aquel excelente mundo urbano representa en la historia italiana un legado difícil de subestimar, e incluso una contribución importantísima, desde el punto de vista económico y cultural, al crecimiento de Europa.

(Traducción de Cándida Calvo Vicente)

⁴⁵ Se encuentran interesantes apuntes sobre las ciudades del Reino, a partir de Ruggero, en S. TRAMONTANA, *La monarchia normanna e sveva*, cit., pp. 159-164, 225-228, 244-257. A estas páginas podemos añadir también las del libro colectivo AA. VV., *Itinerari e centri urbani nel Mezzogiorno normanno-svevo*, edición de G. MUSCA, Bari 1997, las del viejo trabajo aunque todavía útil de G. YVER, *Le commerce et les marchands dans l'Italie méridionale au XIII^e et au XIV^e siècle*, Paris 1903; y sobre el cuadro nacional F. BOCCHI, M. GHIZZONI, R. SMURRA, *Storia delle città italiane*, cit., pp. 140 sgg. Sobre la historia posterior del Reino hay que consultar las consideraciones de G. VITOLO, *L'egemonia cittadina sul contado nel Mezzogiorno medievale*, en AA. VV., *Città e contado nel Mezzogiorno tra Medioevo ed età moderna*, Salerno 2005, que evidencia claramente la diversidad respecto a las ciudades del área comunal.

⁴⁶ Para una información inicial sobre la ciudad G. CRACCO, *Un «altro mondo»: Venezia nel Medioevo. Dal secolo XI al secolo XIV*, Torino 1986; E. CROUZET-PAVAN, *Venise: une invention de la ville (XIII-XV siècles)*, Seyssel 1997; ID., *Venise et ses apogées: problèmes de définition*, en AA. VV., *Le città del Mediterraneo*, cit., pp. 45-72; J. C. HOCQUET, *Venise au Moyen Âge*, Paris 2003.

⁴⁷ P. GRILLO, *Milano in età comunale (1183-1276). Istituzioni, società, economia*, Spoleto 2001; P. MAINONI, *La fisionomia economica delle città lombarde dalla fine del Duecento alla prima metà del Trecento. Materiali per un confronto*, en AA. VV., *Le città del Mediterraneo*, cit., pp. 141-221.